

LA COLECCIÓN DE CUARTILLAS QUE PUBLICA LUGAR A DUDAS SON TEXTOS PUBLICADOS O TRADUCCIONES AL ESPAÑOL, DE IMPORTANTES INVESTIGADORES QUE REFLEXIONAN ACERCA DE DISTINTOS TÓPICOS DE LA ACTIVIDAD ARTÍSTICA CONTEMPORÁNEA.

SON TEXTOS QUE DESEAMOS PONER EN CIRCULACION POR SU VALOR Y PERTINENCIA.

Un Buen Artista: Más allá del Artista de Vanguardia

Por / *Donald Kuspit*
Traducción / Bernardo Ortíz

Las definiciones de artista van y vienen con los años. Algunas (mas que otras) exageran su importancia –creo que entre más opresiva es la vida cotidiana en una sociedad, entre más desprovista esté esta de una concepción trascendental de la vida, más se concibe al artista como el faro de la (imaginaria) libertad, una alternativa espuria –sin embargo, en este siglo, la concepción de artista de vanguardia ha tenido un dominio pernicioso sobre la imaginación. En realidad, el artista de vanguardia es una bestia bicéfala y de múltiples personalidades. Hay dos tipos de artista de vanguardia, ambos vanagloriosos y míticos, auto-complacientes y grandiosos, lo que se podría llamar el artista-educador y el artista-personalista. No necesariamente divergen aunque generalmente lo

hacen. No obstante hay casos en que ambas personalidades convergen en un solo cuerpo –Joseph Beuys es un caso ejemplar. Son las dos caras opuestas de la misma moneda, pero su oposición es más notoria que el hecho de ser harina del mismo costal. Cada uno tiene una actitud fundamentalmente distinta hacia el arte –un sentido diferente del papel del arte en la vida. Sin embargo, nacen ambos de la misma matriz de descontento y ansiedad. Son respuestas contrarias a la misma incertidumbre acerca del destino del arte en este mundo moderno de razón instrumental y relaciones contractuales –el mundo de la existencia racionalizada. Ante esto, ambos tratan de restablecer el sentido carismático y mesiánico de la vida. Ambos ofrecen una solución mágica a un problema perpetuo, la dialéctica de correspondencia entre el hombre y el mundo, enfatizando uno a expensas del otro. En vez de ofrecer el arte como una manera de adaptarse a la mundana realidad –con toda la astucia que ello requiere– el artista-educador argumenta que esa realidad puede ser transformada en algo superior. Esta es la posición que define el trabajo de Mondrian y Gropius, entre otros. El artista-educador toma su lugar entre los revolucionarios del siglo vein-

te, visionarios que proponen destruir el mundo dado –que sin duda tiene sus tragedias y problemas– para proclamar un nuevo mundo feliz que siempre tarda en llegar, dejándonos, mientras tanto, las ruinas del mundo anterior. Y en vez de ofrecer el arte como el medio para lograr una personalidad integral, el artista-personalista argumenta que el arte es una manera especial de sufrir, nos asegura –demuestra– que si uno sufre adecuadamente puede acceder a un yo superior. El artista-personalista se ofrece como el sufridor ejemplar. Ocupa su lugar entre los maestros religiosos; es una especie de predicador secular de la salvación dolorosa. Kirchner y Marc por una parte y Kandisky por otra, revelan las dos dimensiones de esta posición: el sufrimiento, y el yo superior que es su fin. Así es que el artista-educador nos sitúa en una relación crítica con el mundo, prometiendo la salvación de este a través del arte, y el artista-personalista nos sitúa en una relación crítica con el yo, prometiendo su salvación a través del arte. Implícito en ambos hay un reconocimiento de la precariedad de la existencia artística, y de la existencia en general.

La noción del artista de vanguardia es una noción *passé*, la definición del *establishment* de artista, para ser más exacto. Esto es esencial para desarrollar mi idea del Buen Artista –el artista ideal de la post-vanguardia [sic]. El artista-educador y el artista-personalista son modos institucionales, convencionales, incluso cínicos de ser artista –mecanismos de identidad que aseguran, automáticamente un lugar en el sol del *mainstream*, pero que ya no implican una necesidad interna. Ser un artista-educador o personalista ya no es tener una vocación sino una carrera. Cada opción es una estrategia de mercadeo académico para promocionarse como artista, no la manifestación de un sentimiento particular de destino artístico. El arte que la

actual camada de artistas-educadores y personalistas producen es raramente, una ofrenda, en el sentido del que habla Rilke, al espectador sintonizado –aquel que se ha elegido para, tener una afinidad con la obra para ser sensible a ella– sino más bien una muestra de narcisismo profesional. Al final, no atrae a nadie –al menos a ningún Ser Verdadero, usando el término de Winnicott, del cuál hablaré mas adelante– excepto aquellos que también tienen una patología similar a la del artista de vanguardia, aquellos que obtienen su sentido de ser mas por sus relaciones externas que por sus relaciones internas. Hoy se hace necesario un Buen Artista, así no haya garantía de que tal artista se de históricamente con alguna precisión, creo que ya hay algunos. De cualquier forma, lo que a principios del siglo veinte eran concepciones audaces del artista alternativo se han convertido, a finales de siglo, en estereotipos auto-complacientes. Lo que originalmente representaba un intento por articular, de una forma artística que parecía apropiada para el mundo moderno, un problema universal y existencial, se ha convertido en un mandarinato de vanguardia.

Se hace, entonces, necesario una nueva conceptualización de lo que es ser artista, mas exactamente una reconceptualización de lo que es ser un artista-renegado en una sociedad en que el artista ha sido aceptado. Esta reconceptualización debe dejar a un lado la noción del artista como héroe –como algo mas que bueno, como la encarnación de un ser superior. No solamente esto nunca ha sido así –nuestra sobrestimación del artista es, como lo ha sugerido Otto Rank, un reflejo de nuestra necesidad desesperada de autoestima– sino que al hacerlo nos oculta el sentido humano de la práctica artística. A mi modo de ver esa es precisamente la motivación última del heroísmo convencional de vanguardia: ocultar el sentido

humano de la práctica artística. Reconocerlo pondría en peligro la razón de ser del Artista de Vanguardia, que se ha convertido en una figura socialmente exitosa, propiciando una pérdida comercial y crítica para aquellos que lo han promovido. Por supuesto la cuestión es sí el Buen Artista, aquel que recupera el sentido humano de la práctica artística, produce Buen Arte. Todo lo que puede uno decir en este punto es que el arte que produce impugna –desafía– el concepto vanguardista de arte. Actualmente es suficiente con sospechar de la mayoría del arte de vanguardia para tener un panorama fresco de posibilidades artísticas.

Hoy en día, el carácter extraño del Buen Artista es mas una cuestión personal que una cuestión social. Su prerrequisito es la soledad creada por la falta de éxito. La soledad generada por no ser un Artista-Personalista o un Artista-Educador puede llevar a la depresión, pero también a la producción de Buen Arte. El prerrequisito para este arte es la trascendencia de la ironía de ser un Artista de Vanguardia. Porque para ser Artista de Vanguardia se necesita ser, al comienzo, un renegado, inconforme y heterodoxo y al final el mismo, conformista y ortodoxo –esto es un nuevo *status quo*, una nueva academia. Esta dialéctica perversa apunta al hecho de que el Artista de Vanguardia quiere mas éxito de lo que admite. Esto es, quiere ser aceptado por el sistema que rechaza, implicando que no puede resistir su propia inseguridad –la inseguridad de ser Artista de Vanguardia. En lo más profundo de su corazón el Artista de Vanguardia quiere que su arte extravagante se haga oficial y sacrosanto. Sus innovaciones subversivas, símbolos de valores alternativos, terminan sirviendo su deseo narciso de éxito. Uno podría incluso atreverse a alegar que el vanguardismo es la forma torcida que el narciso patológico usa para lograr el éxito. Con esto

no se pretende desmeritar los logros artísticos genuinos del vanguardismo en su momento histórico, se pretende mas bien mirar su lado oscuro –un lado oscuro que se ha convertido, hoy, en norma. Lo que alguna vez fue un deseo infantil reprimido de éxito, involucrando la propia personalidad como medio para ser exitoso, se ha convertido en una ambición abierta de triunfo, llevando al artista a perder de vista, e incluso obliterar, la distinción entre autenticidad e inautenticidad. De cierta manera ser un Buen Artista es querer restaurar esa distinción, reconociendo su fatal inseparabilidad, esto es, poder mantener al mismo tiempo un Ser Verdadero y un Ser Falso, pudiendo ser honesto y deshonesto consigo mismo –sin perder nunca el sentido de la diferencia.

El Buen Artista renuncia al sentido de omnipotencia vanguardista en su pensamiento artístico. Allí donde el artista de vanguardia quiere triunfar en sus propios términos grandiosos, rechazando implícitamente los términos del mundo, el Buen Artista se alza, al mismo tiempo, por encima de su propio sentido de exclusividad y de sus deseos de dominación del mundo. Lo que está en juego al diferenciar al artista de vanguardia del Buen Artista es una manera completamente distinta de ser-en-el-mundo, más precisamente, de ser una persona particular en un mundo particular. El artista de vanguardia concibe el mundo en los mismo términos grandiosos en los que se concibe a sí mismo, contraponiéndose al mundo como un gigante contra otro. En contraste, el Buen Artista está mas interesado en encontrar una forma satisfactoria de relacionarse con el mundo, una forma crítica e íntima, que en luchar contra el mundo hasta la muerte –o hasta volverse famoso. El mundo no es ni amigo, ni enemigo, es el terreno de la diferenciación o individuación. No se trata de reconciliarse con la sociedad, si no

de darse cuenta que el hombre no tiene sentido sin ella. El vanguardismo es una recapitulación irónica del caso común del individuo alienado de la sociedad, la ironía proviene del hecho de que el artista de vanguardia quiere ser recompensado por su alienación, que es, piensa él equivocadamente, la forma de ser libre. El artista de vanguardia piensa que porque está separado de la sociedad esta es ilegítima, pero al mismo tiempo desea que lo legitime. El buen artista va mas allá de la paradoja de esta posición inconsciente, más allá del círculo vicioso de ser conscientemente subversivo con el propósito inconsciente del éxito. El Buen Artista acepta el hecho de que se es siempre, de alguna forma, parte de la sociedad, lo que no impide una relación crítica con ella. Esta relación es particular y no demoledora en sus conclusiones, como en el caso del artista-educador. El artista de vanguardia piensa que la sociedad nunca es lo suficientemente buena, lo que puede ser cierto, mientras que el Buen Artista, sabiendo cómo es la sociedad, no piensa que esta impida producir arte. Puede parecer raro decirlo pero el artista de vanguardia termina por destruir su propio arte, porque siempre aparecerá contaminado por la sociedad. Esto confirma su intuición de que nunca puede haber un ambiente ideal, una sociedad justa, ni siquiera en el arte. También confirma perversamente su imagen de ser radicalmente diferente a las otras personas, en verdad, superior a ellas –más auténtico, más despierto, más crítico. Desde el estudio de Pogglioli se ha escrito mucho acerca del nihilismo de vanguardia. Cabe anotar que es un nihilismo personal y del mundo. De cierta manera, el vanguardismo es la demostración que la alienación es autodestructiva; se queda corta en el proceso de individuación, amenazando, al final, el propio sentido de identidad. En cambio, el Buen Artista trata de reconstruir de una forma tentativa y cuidadosa, tal como és, el sentido

de sí y del mundo. No se cree mejor que el resto, sino en el mismo dilema existencial y en la misma situación difícil ante el mundo. Con los otros comparte las vicisitudes del mundo, en vez de reclamar una superioridad o de usar el poder del arte como plataforma para lograr una posición privilegiada sobre ellos y el mundo. El Buen Artista no se autodefine, como lo hace el artista de vanguardia, como líder del mundo y de los otros. Un megalómano fantaseando un conocimiento superior. Por esto el Buen Artista está mas allá de la dialéctica de conformidad e inconformidad, reconocimiento y desconocimiento, aceptación y rechazo, éxito y fracaso. El Buen Artista se acepta a sí mismo de una forma a la que el artista de vanguardia jamás podrá acceder. El Buen Artista posee las ventajas y las desventajas de la autoaceptación, es decir, gana una consciencia de estar embebido en la existencia, pero igualmente reconoce sus limitaciones. La ganancia al profundizar en la existencia particular vale la pérdida de grandiosidad vanguardista, con su generalización pseudo-profunda de la existencia.

El Buen Artista en efecto crea un nuevo tipo de arte personalista. Llamarlo personalista posmoderno, en contraposición al arte personalista moderno o de vanguardia es un error porque el Buen Arte es un intento por retomar el propósito humano del arte. Este propósito también se encuentra en el arte personalista de vanguardia pero de forma hiperbólica en un principio, y finalmente, con su asimilación y domesticación, a manera de burla, como la falsa consciencia del arte, enterrada bajo la supuesta consciencia verdadera del estilo. El Buen Arte no tiene nada que ver con la expresión grandilocuente del hombre de vanguardia, tomando su última forma suicida en el estilo absoluto. Las consideraciones estilísticas son secundarias para el Buen Arte, que tiene como prioridad el

mantener simbólicamente el contacto con el Ser Verdadero, tal como Winnicott define el término. Para ser más exactos, el Buen Arte es una forma de mantener un equilibrio entre el Ser Falso y el Ser Verdadero, dejando que cada uno reivindique sus derechos de reconocimiento sin perjuicio del otro. La expresión del yo grandilocuente en el arte personalista es también un intento, confuso, por articular el Ser Verdadero porque involucra la imposible ambición de destruir, o al menos trascender, el Ser Falso y, así, estar absolutamente conciliado consigo mismo. Esto es por definición autodestructivo, porque significa destruir la integridad del ser. Este está compuesto por el Ser Verdadero y el Ser Falso, el último existe para proteger al otro, para mediar entre un Ser Verdadero y el mundo que es la realidad social externa¹.

El intento, del Buen Artista, para balancear dialécticamente las realidades del Ser Falso y Verdadero, implica una crítica social –una crítica del mundo falso, en defensa del Ser Verdadero– pero no es esta una crítica utópica y grandilocuente, como la del artista-educador. La de este último es una crítica punitiva, siempre culpando al mundo por lo que es –un sitio atroz para vivir– devaluador –destructor– del ser y del mundo mismo. Tal crítica conlleva a la pérdida del sentido del mundo como un sitio específico –un sitio con múltiples especificidades. El artista-educador, al igual que el artista-personalista, produce un arte autista –un autismo jactancioso, si se quiere. Ambas clases de artistas desnudan, desprevénidamente, las arrogantes exigencias del ser psicótico, es decir, aquel que, como dijo Freud, ha perdido su sentido de realidad –de sí y del mundo. El arte vanguardista vive bajo el principio de irrealidad. Esto le confiere un cierto poder revolucionario pero es finalmente terrorista, que es materia más seria que el mero hecho de ser absurdo. La asimila-

ción del arte vanguardista, nihilista y aterrador, por parte de la sociedad moderna, y sus implicaciones prometen un análisis social fascinante. ¿Idolatriza, la sociedad moderna, el arte vanguardista para expresar inconscientemente su propio absurdo y su potencial irrealidad, es decir, reconocer inconscientemente que apenas logra mantener su condición de sociedad, o, lo que es igual se deshace –afectada patológicamente– por sus cambios continuos (necesarios en virtud de su modernidad)? De cualquier manera, el Buen Arte establece una relación transitoria con la sociedad, donde “transitoria” tiene el peso del significado especial que Winnicott le da al concepto de objeto transitorio. Esto significa que el Buen Artista se encuentra en perpetua transición entre la sociedad y el mismo, algunas veces más inclinado hacia esta y otras veces hacia sí. Es una relación reversible, independiente de cualquier estilo, o de lo contrario le daría una orientación preferencial, pues algunos estilos están más orientados hacia –la representación– (de)l hombre y otros hacia el mundo.

Se debe enfatizar que esto se diferencia del autoritarismo narciso, con su dogmatismo ideológico y estilístico, implícito en el arte vanguardista. Y de lo que podríamos describir como un deseo implícito en el ámbito artístico –el deseo crédulo de un poder especial del arte que le confiere mágicamente una efectividad superior a cualquier otro medio social para afectar la vida humana. Tampoco está interesado el Buen Artista en el sufrimiento o vulnerabilidad del arte proclamados por el artista-personalista, ni en los poderes superiores de liderazgo social proclamados por el artista-educador. El Buen Artista, y esto debe ser subrayado, está más allá de cualquiera de estas manifestaciones de narcisismo patológico. Es, en cierto sentido, muy lúcido proponer, en el ámbito artístico

actual, la posibilidad de un artista que no tiene ninguna pretensión narcisista de superioridad, pero el Buen Artista no hace parte del ‘ámbito artístico actual’, y seguramente parecería provinciano y *naive* al lado de los vanguardistas sofisticado que habitan ese ámbito. Sin embargo, la necesidad de un Buen Artista es materia urgente. Este siglo ha visto las catástrofes desencadenadas por todo tipo de educadores socio-políticos, y la diseminación de la psicopatología personal, a la que ha contribuido, en parte, la noción de que el sufrimiento es inevitable, y, por alguna misteriosa razón, necesario para la vida. El intento por volver el sufrimiento *e/* contexto significativo de la vida traiciona las múltiples posibilidades vitales, incluyendo la posibilidad de una felicidad realista.

En mayor o menor grado el artista-educador y el artista-personalista han contribuido a este desastroso estado psicosocial. Son ejemplares perniciosos de comisarios modernos: creen que el cambio social se puede imponer desde arriba, y que el sufrimiento es *e/* signo necesario del auténtico ser. Han llevado al mundo y a sí por un camino ciego, no sin antes provocar cantidades innecesarias de desgracia con sus “medidas radicales”. Los artistas que son reflejo de este síndrome cultural tienen como justificación única su radicalidad estilística –su reconceptualización del arte. Pero al final todo estilo se convierte en decoración obsoleta, es decir, pierde su carácter de síntoma de genio para convertirse en el símbolo vacío de esa genialidad. En este último análisis, el artista-personalista ofrece una concepción de ser peligrosamente arcaica y el artista-educador una alucinación peligrosa del mundo. Sus simplificaciones son indicios de una profunda resistencia a las complejas realidades del ser y del mundo. Las viejas alternativas de vanguardia, que alguna vez fueron caminos válidos ha-

cia el arte auténtico, deben ser descartadas, no solamente porque se han institucionalizado y convencionalizado sino porque son un veneno psicosocial. Aun pueden tener su vieja justificación –catalizadores de la innovación artística– pero tales innovaciones no parecen necesarias para autenticar el arte. Aún mas, creer en el poder absoluto del arte para transformar el mundo y el ser es darle una identidad noble pero altamente improbable –completamente irreal. El vanguardismo como doctrina es una forma de locura.

En vez de concebir el arte como transformación total, es más apropiado, más sutil concebirlo como una transición o mediación entre el ser y el mundo. Es una cuestión circunstancial, en el sentido que le dio Ortega y Gasset “¡Circunstancia! Esto es, las cosas mudas que nos rodean. Muy cerca de nosotros muestran sus caras silenciosas... como si necesitaran que aprobáramos su ofrecimiento... Caminamos ciegamente entre ellas, nuestra mirada fija en empresas remotas... Debemos tratar de encontrar nuestra circunstancia, tal como es, y precisamente en su lugar en la inmensa perspectiva del mundo”.² La circunstancia es siempre local, insistentemente particular; podría decirse que el Buen Artista está siempre en tránsito perpetuo hacia la circunstancia local, que el Buen Arte es una búsqueda constante para encontrar y alinear el propio ser con su circunstancia. Contrastando con el artista de vanguardia que tiende a involucrarse en remotas empresas estilísticas. Los despojos del esfuerzo vanguardista por producir un sentido radical del ser y de la sociedad sobreviven únicamente en el empeño de producir estilos, cada vez más “radicales” cada vez más nuevos. Nadie discute esta empresa; lo que sí es bastante discutible es la continua necesidad de novedades y radicalidad estilizada (así como el ser superior y la verdad

que presumen simbolizar). La ambición del arte neo-vanguardista, dista de ser la ambición del Buen Arte que busca ser nada más que un buen mediador entre el hombre y el mundo, lo que implica crear un mundo y un hombre abierto. El Buen Arte es una forma de soledad, en el sentido que Anthony Storr le da al término.³ Solo el artista solitario, tratando de interactuar con su circunstancia particular —el medio ambiente— puede encontrar un sentido adecuado para sí y para el mundo, esto es, un Buen Sentido para un mundo que parece Bueno, en parte porque el arte lo hizo parecer así.

El Buen Artista tiene un concepto modesto de la obra de arte. Esta es, usando las palabras de Winnicott, una forma de relacionar “y percibir objetivamente la relación de la realidad subjetiva con la realidad compartida,” es decir es un objeto transitorio⁴. El objetivo de tal relación transitoria es terapéutico: una sanación del hombre y del mundo, es decir abrirse a la posibilidad de que estar vivo es lo suficientemente bueno y que el mundo es lo suficientemente bueno para vivir en él. El punto es relacionar “la riqueza del mundo interno” con el mundo “confiable y objetivo”⁵ sin perder la capacidad meditativa ni la capacidad contemplativa. Solo entonces el mundo interno y el mundo externo parecen lo suficientemente buenos. En ese estado transitorio el mundo externo es percibido, al mismo tiempo, como una invención y como un descubrimiento, el hombre y el mundo existen en una apacible simultaneidad, que, de paso sea dicho, es muy rara en el arte de vanguardia. Y desde esta simultaneidad es factible habitar un mundo lo suficientemente bueno, lo suficientemente bueno como para darle posibilitar al hombre ser hombre (y nada más). Usando palabras de Kohut de una forma probablemente extravagante, puede uno decir que el mundo objetivo se convierte en objeto propio.

De hecho, esto parece ocurrir en el mejor arte naturalista no de vanguardia. Esto en franco contraste con el arte pseudo-naturalista preva- leciente en el *mainstream*. Este último busca re-inventar la naturaleza objetiva, como si no hubiera un momento de descubrimiento subjetivo —y por lo tanto auto-descubrimiento— en su articulación. Gran parte del Buen Arte tiene un profundo interés en la naturaleza, que, desde el Romanticismo, si no antes, se ha convertido en el signo de un mundo lo suficientemente bueno que la sociedad moderna no ha podido crear, no obstante sus promesas. En términos generales, pienso que la enorme insatisfacción, que existe por fuera del *mainstream*, con el arte del *mainstream* —la sensación de que es un fraude sutil, un arte falso hecho por una elite falsa— tiene que ver con el hecho de que no concibe el arte como algo transitorio. Tenemos pues, por una parte, un *establishment* vanguardista ajeno al propósito humano del arte, no obstante la importancia histórica de sus productos, y, por otra, un mundo desconocido de artistas desconocidos tratando de hacer un Buen Arte. El credo del primero es el estilo por el estilo, —un arte sin un verdadero ser—. El credo del segundo es un arte catalizador de lo humano, lo que sugiere un arte sin falsedades —un arte igualmente imposible.

Para concluir, debe ser anotado que el arte, comprendido como un fenómeno transitorio, puede convertirse en lo que John Dewey cree que es: el apilamiento de “experiencias que son coherentes al ser percibidas mientras cambian constantemente en su desarrollo”⁶. Como dijo el mismo Dewey, “para percibir, el observador debe *crear* su propia experiencia”⁷, lo que no es muy distinto de la experiencia transitoria, es decir, la experiencia en la “zona de ilusión” o “espacio potencial”, como llama Winnicott al espacio psíquico de transitoriedad que

une el mundo interno y externo. El Buen Arte aborda la relación entre estos dos mundos. No se trata de imponer el mundo interno sobre el mundo externo, como lo hace el arte personalista, ni de la imposición de una noción preconcebida del mundo externo sobre el mundo interno como en el caso del artista-educador. La vida aborda, también, la relación entre el mundo interno y el mundo externo —el incesante esfuerzo por balancearlos, que es de hecho la única forma de sobrevivir física y psíquicamente. Tal balance es en efecto entre el Ser Verdadero y el Ser Falso. Aceptando la inevitable relación entre ambos opuestos, el Buen Artista se enfila a cambiar ambos mundos, es decir, los hace parecer menos nocivos para vivir.

futilidad. El Ser Falso, si cumple con su función, esconde al Ser Verdadero, o si no encuentra la forma de permitir que el Ser Verdadero comience a vivir... Casi no vale la pena formular una idea de Ser Verdadero, excepto para tratar de entender el Ser Falso, porque no hace más que recolectar los detalles de la experiencia de estar vivo”. Winnicott piensa que el Ser Verdadero proviene de la experiencia corporal de estar vivo y de “la idea del proceso primario,” es decir, un proceso “esencialmente no reactivo al estímulo externo, sino primario.” De cierta manera, el problema con el arte contemporáneo es que ya no tiene, en su mayor parte, esa fuerza vital del proceso primario —ya no es ni gesto espontáneo ni idea verdadera— y entonces transmite un sentimiento de irrealidad y futilidad. No tiene nada que ver con el Ser Verdadero. Si una obra de arte siempre tiende a ser un Ser Falso, entonces las obras de arte del *mainstream* marchan inexorablemente a la falsedad, pues parecen renunciar a la integración de los detalles de la experiencia de estar vivo. Esto hace que estas obras no sean más que ejercicios de estilo.

2 José Ortega y Gasset, *Meditaciones sobre el Quijote*.

3 En *Solitude* (New York: Free Press, 1988), p. 169; Storr argumenta que llega un momento en que la comunicación orgánica con otras personas tiende a ser secundaria ante la meditación sobre patrones de vida. Creo que estos patrones son siempre cuestión de decidir lo que parece imposible de decidir, la adecuada relación entre el mundo interno y externo. Desde este punto de vista, el arte del *mainstream* está o demasiado preocupado por comunicar y por lo tanto es poco meditativo, o preconice el ‘correcto’ balance entre el mundo interno y externo y condiciona el patrón de su relación con el mundo.

4 D. W. Winnicott, “The Deprived Child and How He Can Be Compensated for Loss of Family Life,” *The Family and Individual Development* (London: Tavistock, 1964), p. 143.

5 D.W. Winnicott, “Agression in Relation to Emotional Development” (1950), *ibid.*, p. 208.

6 John Dewey, *Art as Experience* (London: George Allen & Unwin, 1934), p. 51.

7 *Ibid.*, p. 54

Notas

1 Ver D.W. Winnicott, “Ego Distortion in Terms of True and False Self” (1960), *The Maturation Processes and the Facilitating Environment* (New York: International Universities Press, 1965), pp. 140-52. Winnicott asegura, p. 148 que “El Ser Verdadero es la posición teórica desde donde salen el gesto espontáneo y la idea personal. El gesto espontáneo es el Ser Verdadero en acción. Solo el Ser Verdadero puede ser creativo y solo el Ser Verdadero puede sentirse real. Mientras un Ser Verdadero se siente real, la existencia de un Ser Falso desemboca en sentimientos irreales o en un sentimiento de

AVINA

daros-latinamerica

STICHTING DOEN ■ NATIONALE POSTCODE LOTERIJ

bahut achi

people unlimited
HIVOS

FERIVA
Innovations with Social Conscience

ARTS COLLABORATORY

lugar a dudas
calle 15Nte # 8N-41 tel: 668 2335
lugaradudas@telecom.com.co
www.lugaradudas.org
Cali, Colombia